

Pone en olvido Martín el verbo de que se sirve Plinio. «Rufior» significa «enrojecer ó poner rubio.»

El color rubio era, por otra parte, el preferido por las romanas, y á éste efecto empleaban, además de las nueces, las yerbas de Germania de que habla Ovidio en el Arte de Amar, Libro III.

Femina canitiem Germanis inficit herbis;

y el color *Belgicus* de que habla Propertio en la Elegía XVIII del Libro II.

Turpis Romano Belgicus ore color.

Sed nimius Luto corpora tinguit Amor.—Lutum, dice Heyne, *est color inter flavum et album.*

Tibulo ha querido expresar, sin duda, lo que Horacio en la Oda X del Libro III.

Nec tinctus viola pallor amantium.

La palidez amarillenta de los amantes, ó *pallor luteus* á que el mismo Horacio se refiere en el Epodo X, era la que se llamaba color de azafrán, *pallor crocei*.

LIBRO I.—ELEGÍA IX

La Elegía IX, que es la X, según el orden adoptado por Escalígero, ha sufrido algunas modificaciones introducidas por los modernos comentadores, que han coleccionado los M. SS. de Tibulo.

Müller, cuyo texto se distingue por los cambios y trasposiciones que introduce, ha colocado después del verso 68, los 71 y 72, y en seguida los versos 69 y 70. Ni siquiera da en su prefacio la razón de tal cambio, pero sin duda, el texto queda mucho mejor, tal como aparece en el orden tradicional de los M. SS.

Baehrens, como ya antes se dijo, suprimió á esta Elegía los versos 39 al 44, para arreglárselos á la VIII.

Sera tamen tacitis Poena venit pedibus.—Tibulo, como Horacio, al personificar la Pena, imitó á los poetas y escritores griegos, que con harta frecuencia la personificaban.

Esquilo en Agamenón y en las Choéforas, y Sófocles en Antígona, emplean esa imagen, y Luciano en el Duelo, coloca las Penas en el Tártaro, en unión de las Furias.

Lucano, en la Farsalia, Canto VI, 692, dijo también:

Eumenides, Stygiumque nefas, Poenaeque nocentum.

Todos los comentadores, explicando este pasaje, han citado el final de la Oda II del Libro III de Horacio.

Raro antecedentem scelestum
Deseruit pede Poena claudo.

Voss, en su comentario, dice, que las Penas para los romanos, son generalmente las Furias que mandan los dioses ofendidos, como en el Culex de Virgilio, 218. «Et flammis et saeva quatit mihi verbera Poenae,» que otras veces acompañan á la Justicia, como en la Tebaida de Estacio, V, 639, «sed divum sera per aequor Justitia, et Poenae scelerum adventare videntur,» y que algunas veces, *Poena* es una diosa especial á quien se llama al mismo tiempo que las Furias, como en las Argonáuticas de Valerio Flaco, Libro I, 794.

Tu, nuntia sontum
Virgo Iovi, terras oculis quae prospicis aquis
Ultricesque Deae, Fasque, et grandaeva Furorum
Poenae parens.

In cinerem et liquidas munera vertat aquas.—
Esta maldición era muy usada por los poetas, y expresaba fielmente el deseo de los celosos. Aquiles Es-

tacio, en su comentario de Tibulo, cita la Elegía XVI del Libro II de Propertio, en la cual el poeta expresa el deseo de que se conviertan en tierra y agua todos los presentes con que obsequió á Cintia el pretor, á su vuelta de Iliria.

Sed quascumque tibi vestes, quoscumque smaragdos
Quosve dedit flavo lumine chrysolithos,
Haec videam rapidas in vanum ferre procellas,
Quae tibi terra, velim, quae tibi fiat aqua.

Ipse deus tacito permisit leve ministro.—Este verso ha sufrido diversas variantes, y cada una de ellas ha dado lugar á distintas interpretaciones. Las ediciones Aldinas dicen *lene*, en lugar de *leve*. Muret sugirió *saepe*. Estacio propuso *magistro* por *ministro*. Escalígero leyó *vela*, y Passerat fundó la interpretación con la palabra *lena*, introduciendo en la escena un nuevo personaje.

La lección de Passerat, seguida por autoridades tan respetables como Heyne, Wunderlich y Huschke, es más tolerable que la de Escalígero; pero en verdad, ni una ni otra son satisfactorias. Todo lo que no sea un adverbio como *lene*, *leve* ó *saepe*, cualquiera otra modificación hace difícil la inteligencia del verso.

«¿Qué quiere decir, en efecto, *Ipse deus tacito permisit vela ministro*, como leyó Escalígero?» «Proverbialiter permittere vela, dijo Escalígero, tradere libidini, ac voluntati.» Vulpio lo entendió mejor, cuando

dijo á su vez: «flagitii conscio et adiutori, **qui** sobrius os obsignatum habebat, ebrietatis opera **potestatem** loquendi facere.

Heyne y Huschke, dicen con razón, que la interpretación de Escalígero es falsa, pero yo **creo** que no lo es menos la de Passerat.

Passerat dijo: «Deus ipse permisit, ut **lena** ebria omne arcanum et crimen puellae effutiret et **fido** amatoris ministro.»

Independientemente de que el nuevo **personaje** que Passerat introduce es innecesario, **Martinón** hace notar que es inaceptable, gramaticalmente, la existencia de un sujeto antes de *ederet*.

Non tibi si pretium Campania terra daretur.—La Campania, una de las más hermosas **provincias** del Sur de Italia, tenía las tierras más ricas **y feraces**, tierras que los antiguos decían, los mismos dioses Baco y Ceres, cultivaban.

Plinio, en el Libro III, IX, 7, hace de ella una hermosa descripción:

«Hinc felix illa Campania est. Ab hoc sinu **incipiunt** vitiferi colles, et temulentia nobilis succo **per omnes** terras inclyto, atque (ut veteres dixere) **summum** Liberi Patris cum Cerere certamen. Hinc Setini et Caecubi protenduntur agri. His iunguntur **Falerni**, Caleni. Dein consurgunt Masiici, Gaurani, **Surrentinique** montes.»

Elogiando el mismo Plinio, Libro XVIII, XXIX, 2,

la fertilidad del suelo, agrega: «Et tamen vere segetes, quae interquievire, fundunt rosam odoratiorem sativa: adeo terra non cessat parere? Unde vulgo dictum, Plus apud Campanos unguenti, quam apud caeteros olei fieri.»

Cuando Estrabón habla de la Campania, en el Libro V, Capítulo X, dice: que es el país más feliz que se conozca, porque está rodeado de colinas muy fértiles, de donde sacan los romanos los mejores vinos: el Falerno, el Estatano, el Caleno y el Syrrento.

La riqueza y fertilidad de la Campania, explican suficientemente el pensamiento de Tibulo.

Non, tibi si Bacchi cura, Falernus ager.—El collado de Falerno estaba situado en la Campania. Plinio, Libro XIV, describe el viñedo de Falerno en los siguientes términos: «Falernus ager a ponte Campano laeva patentibus Urbanan coloniam Syllanam nuper Capuae contributam incipit. Faustianus autem circiter quatuor milliaria vico prope Cedias qui vicus a Sinnessa VI millibus abest. Nec ullo in vino maior auctoritas.»

Et me nunc nostri Pieridum que pudet.—Las Piéridas son las Musas. Pausanias, en la descripción de la Grecia, Capítulo XXIX, del Libro IX de la Beocia, nos da el origen de esta denominación, y dice: Habiendo venido á Tespia Piero, el Macedonio, que dió su nombre á una montaña de la Macedonia, estableció el culto de las nuevas Musas, y cambió sus nom-

bres por el que llevan hoy, sea porque éste le hubiera parecido mejor, ó porque hubiese sido inspirado por algún oráculo; sea, en fin, porque algún Tracio se lo hubiese enseñado. . . . Algunos pretenden que Piero tenía nueve hijas, á quienes había dado los mismos nombres que á las nueve Musas, y, según ellos, á ellas debían la luz todos aquellos á quienes los Griegos llaman hijos de las Musas.

Cicerón, después de hablar de las varias Musas conocidas, dijo: «De Natura Deorum, Lib. III, XXI, tertiae Piero natae et Antiopa, quas Pieridas, et Pierias solent poetae appellare iisdem nominibus eodemque numero quo proxime superiores.»

Estrabón, en el Libro IX de su Geografía, hablando del Helicon, explica de diversa manera el origen de este nombre dado á las Musas.

«Sobre el collado de Helicon, dice, se encuentra un lugar consagrado á las Musas, un antro de las Ninfas Libetridas, una fuente del Caballo. Así, pues, según toda apariencia, los que consagraron el Helicon á las Musas, eran una tribu de los Tracios llamados *Pieres*, quienes dedicaron á las mismas deidades, la Piérída, el monte Libreto y la Fuente de Pimplea, lugares que, por la destrucción de los *Pieres*, los Macedonios poseen hoy.

Las Musas eran hijas de Urano; pero, según Mínermo, poeta elegíaco, citado por Pausanias, autor del poema de los Esmirnos contra Gíges y los Lidios, las

Musas más antiguas eran las hijas de Urano; pero había otras más nuevas que eran hijas de Júpiter.

Las Musas fueron siempre dignas de respeto; pero nunca se ha hecho de ellas mejor elogio que el que el Amor les consagra en su Diálogo con Venus (Diálogos de los Dioses, de Luciano XIX). ¿Por qué las Musas, pregunta Venus, no han sido heridas por tus flechas? Y el Amor contesta: «Madre mía, yo las respeto. Son tan venerables. Su espíritu siempre se ocupa en pensamientos profundos.

Illam velim rapida Vulcanus carmina flamma torreat.—Vulcano manda que se abrasen en sus llamas aquellos malos versos, porque ese es el destino que deben de tener. Catulo, en el epigrama contra los Anales de Volusio, dice: que su amada había ofrecido entregar á las llamas de Vulcano las obras del más malo de los poetas:

Nam sanctae Veneri, Cupidinique
Vovit, si tibi restitutus essem,
Desissemque truces vibrare iambos
Electissima pessimi poetae
Scripta tardipedi deo daturam
Infelicibus ustulanda lignis.

Encontramos en Juvenal expresada también la misma idea, porque es Vulcano el marido de Venus:

et quae
Componis, dona Veneris, Telesine, marito.

Se acerca más al pensamiento de Tibulo lo que dijo Horacio en la Oda XVI, del Libro I, porque sus yambos, ó deben ser arrojados á las llamas ó al Adriático, como los versos de Tibulo que habrían de ser arrojados al río, ó abrasados por las llamas:

O matre pulchra filia pulchrior,
Quem criminosis cumque voles modum
Pones iambis, sive flamma,
Sive mari libet Hadriano.

Dum rota Luciferi provocet orta diem.—El poeta se refiere, sin duda, á la estrella de Venus ó matutina, cuya aparición anuncia la llegada del día. Ciceron de Natura Deorum, Libro II, XX, dijo: «Infima est quinque errantium, terraeque proxima, stella Veneris quae, Graece, *φωσφόρος* Lucifer Latine dicitur, cum antegreditur solem, cum subsequitur autem Hesperos.»

Refiriéndose precisamente á la estrella de la mañana, ha dicho Manilio, en el Libro I, 170, de sus Astronómicas:

Nec matutinis fulgeret Lucifer horis
Hesperos emenso dederat qui lumen Olimpo.

Juvenal, para expresar también la misma idea, se refiere en la Sátira VIII, 11, al orto de Lucifer:

Si dormiri incipis ortu
Luciferi, quo signa duces et castra movebant?

Llama la atención de los comentadores, sobre todo de Wunderlich, que Tibulo hubiera dicho «*rota Luciferi orta*,» imagen nunca empleada por los poetas latinos cuando se habla de estrellas, porque no se supone que, como la Aurora, el Sol ó la Luna, tengan carro. ¿Tibulo quiso referirse al carro mismo del Sol, repitiendo la imagen ya expresada en el final de la Elegía III? No parece lo probable; en un caso es la Aurora la que anuncia el día, y en el otro es la misma estrella Lucifer.

Dousa hijo (Iani Dousae filii in Librum I. Albi Tibulli Coniectanea et Notae), Capítulo III, al estudiar este pasaje, cree que el poeta se refiere á la carroza de Lucifer, aunque también concede que ha podido hacer alusión al cuerpo redondo de la estrella matutina.

Voss se inclina á esta opinión, porque *rota* es círculo ó curso circular, como puede verse en numerosos ejemplos: en Virgilio (Geórgicas IV, 484), cuando habla de la rotación de la rueda de Ixión, «*atque Ixionii vento rota constitit orbis*,» y en Claudiano, Rapto de Proserpina, Libro II, cuando dice: «*Non rota suspensum praeceps Ixiona torquet*.

Comentando el verso de las Geórgicas que acabamos de citar, Conington dice: «Or we may take «*orbis*» for the wheel and suppose after Heyne, that «*rota*» is put for the rotation.»

Fixa notet casus aurea palma meos.—Martinón

hace notar, que aunque todos los M. SS. dicen *palma*, todos los Comentadores le dan el sentido de *parma*. Por eso yo he traducido en *aureo escudo grabaré*. La opinión de los comentadores es muy explicable, ella toma su origen en la costumbre de colocar estos escudos votivos en los templos.

Horacio nos enseña que los que habían escapado de un naufragio colocaban en el templo de Neptuno una tabla votiva en recuerdo de su salvación.

En la Oda V del Libro I, dijo:

Me tabula sacer
Votiva paries indicat uvida.

El mismo Tibulo, en la Elegía III del Libro I, nos hace ver que en los templos consagrados á Isis se adornaban los muros con cuadros votivos, que recordaban los beneficios que la diosa había hecho á los enfermos que á ella habían acudido:

Nunc dea, nunc succurre mihi; nam posse mederi
Picta docet templis multa tabella tuis.

En la Sátira XII, 26, dice Juvenal que hay cuadros votivos en todos los templos para atestiguar la crueldad del Destino, y se pregunta: ¿quién ignora que Isis mantiene á nuestros pintores?

Pars dira quidem sed cognita multis,
Et quam votiva testantur fana tabella
Plurima. Pictores quis nescit ab Iside pasci?

Horacio, además, nos dice en la Oda XXVI, del Libro III, que va al templo de Venus para colocar á la izquierda de la diosa las armas y la lira que ya no le son útiles:

Nunc arma, defunctumque bello
Barbiton hic paries habebit,
Laevum marinae qui Veneris latus
Custodit.

LIBRO I.—ELEGÍA X.

La Elegía X es también de las muy pocas que han escapado á las trasposiciones que Escalígero y Müller les han hecho sufrir. Según el texto de Escalígero, esta Elegía es la XI.

Todos los comentadores han considerado esta Elegía como la primera de Tibulo. Parece, cuando menos probable, que el poeta la escribió antes de aventurarse á los primeros combates. El tono general de la composición, la condenación que de la guerra hace, y la complacencia con que á sus horrores contrapone